

PACIENTES ACTIVOS EN UN SISTEMA SANITARIO MÁS SOSTENIBLE

LOS PACIENTES EN LA ACTUALIDAD TIENEN MÁS INFORMACIÓN, QUIEREN ESTAR FORMADOS, SON MÁS ACTIVOS Y SE CONSIDERAN EXPERTOS EN SU ENFERMEDAD

Por Joan Carles March



Director de la Escuela Andaluza de Salud Pública

HACER COMPATIBLE LA sostenibilidad del sistema sanitario, el acceso a los mejores y más eficaces tratamientos disponibles y el desarrollo organizacional y profesional es uno de los principales retos actuales a los que se enfrenta la sanidad actualmente, ya que el 80 por ciento de los costes actuales de la sanidad corresponde al tratamiento de los pacientes crónicos, lo que pone de relieve la importancia de implicar al paciente para lograr la sostenibilidad.

La imagen de un paciente que sale de la consulta sin saber muy bien qué es lo que le pasa ni el tratamiento que debe seguir empieza a formar parte del pasado. Los pacientes en la actualidad tienen más información, quieren estar formados, son más activos y se consideran expertos en su enfermedad. Aun así, los pacientes son el recurso menos utilizado del sistema. Y los hospitales y centros de salud necesitan pacientes activos, formados e informados,

empoderados, que ayuden al sistema sanitario y a sus centros. Los pacientes ya del presente son pacientes que han adquirido los conocimientos necesarios para controlar su enfermedad y tomar las riendas de su salud.

Un paciente activo, empoderado, inquieto está asociado al proceso de fortalecer los derechos y las capacidades de las personas o las comunidades vulnerables con la asunción de un rol activo del ciudadano respecto de la gestión de su propia salud. La evidencia sugiere que el empoderamiento del paciente será una parte fundamental de una reforma efectiva de la gestión de las enfermedades crónicas, de los hospitales y centros de salud, ya que ayudará a maximizar la eficiencia y el valor en los sistemas de salud. Un paciente activo, un paciente experto, un paciente empoderado es un paciente con capacidad para decidir, satisfacer necesidades y resolver problemas, con pensamiento crítico y control sobre su vida y su salud. Y todo ello se consigue, en primer lugar, con el conocimiento. Un paciente experto, un paciente empoderado tiene que ser un paciente informado, formado y que recibe soporte emocional de iguales, en las redes sociales y/o de profesionales, ha de disponer de las nociones suficientes para entender la enfermedad y su tratamiento y sentirse capaz de llevarlo a cabo. Sabe lo que quiere y lo dice de forma clara. Se pregunta:

¿Qué puedo hacer yo? y busca en Internet información para ayudar y ayudarse. Corresponde a los profesionales de los hospitales y centros de salud, entre otros, pues, colaborar en facilitar los mejores conocimientos y las habilidades (recetando enlaces webs o blogs con mensajes útiles, fiables y con lenguaje ciudadano) para que el ciudadano sea capaz de escoger entre las opciones que tiene al alcance y actuar en consecuencia.

Una mayor alfabetización sanitaria de la población le reporta indudables beneficios en aumentar la autoestima de los pacientes, mejorar la adherencia a los tratamientos, reducir las visitas a las consultas médicas y a las urgencias, entre otras ventajas.

La experiencia acumulada sobre los beneficios de educar en prevención y cuidados sanitarios empieza a ser considerable. Todo comenzó hace tres décadas en la Universidad de Stanford (EEUU), donde un equipo de investigadores empezó a elaborar y evaluar un conjunto de programas de formación para las personas con enfermedades crónicas. Con el tiempo, instituciones de multitud de países han ido sumándose a este método y han desarrollado iniciativas similares. Ha quedado demostrado que formar a los pacientes en su autocuidado reduce los gastos sanitarios, mejora la utilización de los recursos sanitarios y, sobre todo, incide positivamente en la salud de la población. España también se ha subido a este tren, con la Universidad de los Pacientes, la Escuela de Pacientes de Andalucía, gestionada por la Escuela Andaluza de Salud Pública, la Red Ciudadana de Formadores en Seguridad del Paciente de la Agencia de Calidad del Ministerio de Sanidad, el Programa Paciente Experto de la Fundación Educación, Salud y Sociedad, el Programa Paciente Experto Cataluña, el Programa Paciente Activo de País Vasco, Asturias y la Comunidad Valenciana, la escuela de salud para la Ciudadanía en Cantabria, la Escuela gallega de salud para ciudadanos y el Contenedor de la Red de escuelas de salud para la ciudadanía.

El perfil del paciente ha ido evolucionando más deprisa que el del profesional sanitario, incluso que el propio modelo asistencial, en el que urgen cambios profundos para que la adaptación al nuevo paradigma redunde en la eficiencia y la sostenibilidad. La figura del llamado "paciente emergente", un usuario

EXPERT

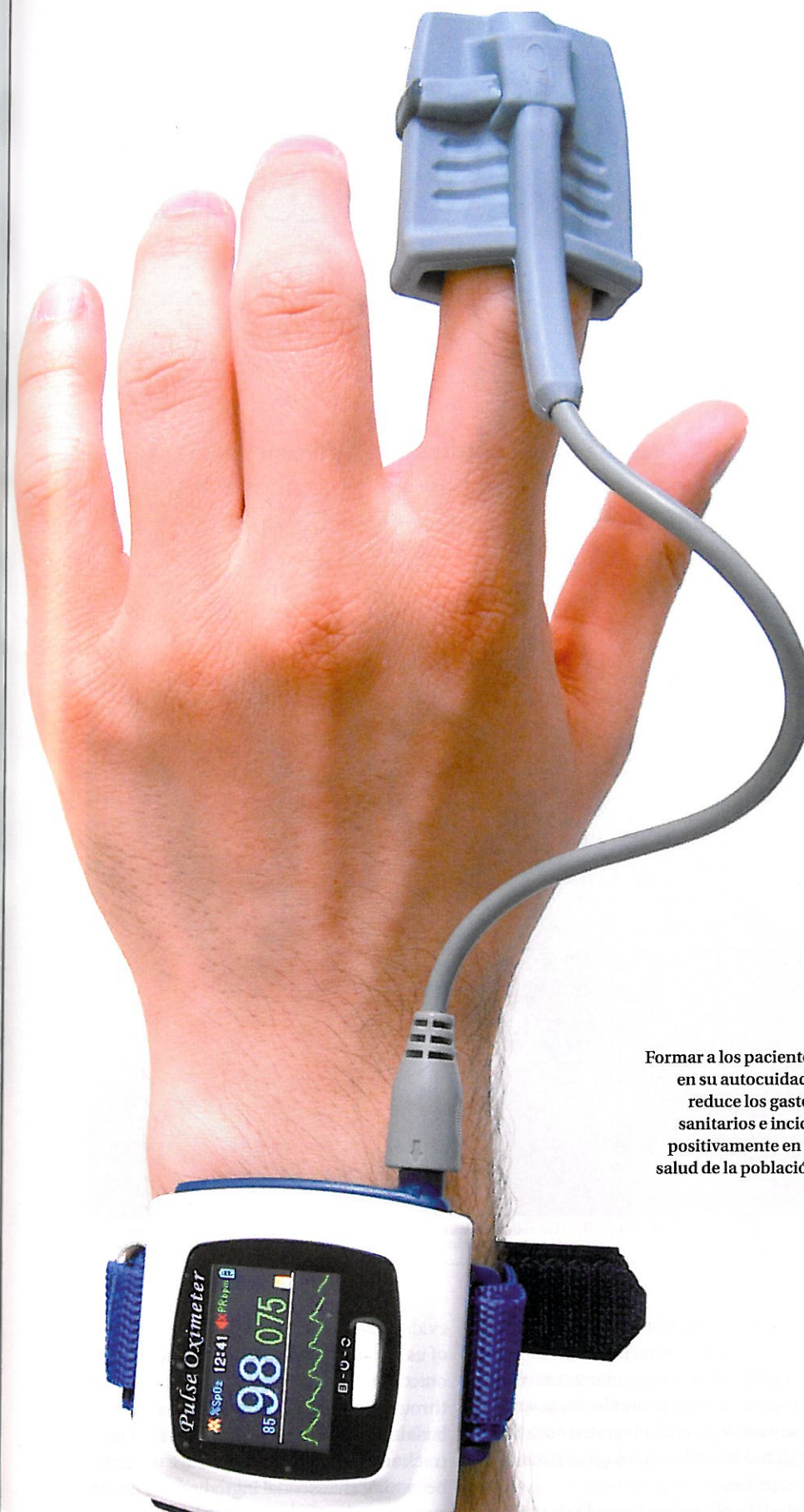
con un nivel formativo y educativo cada vez mayor, que maneja una ingente cantidad de información que recibe a través de múltiples canales es cada vez más una realidad. El paciente emergente influirá de forma decisiva en la sostenibilidad del sistema de salud haciéndolo más eficiente. Así, cada vez estará más habituado a usar herramientas tecnológicas que lo colocan en el centro del sistema asistencial.

Las nuevas herramientas ligadas a las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), como las aplicaciones para dispositivos móviles, así como la telemedicina, abren muchas posibilidades para procurar que la población esté cada vez más saludable.

“El 80% de los costes actuales de la sanidad corresponde al tratamiento de los pacientes crónicos”

Las TIC se vislumbran como uno de los principales motores de cambio del sistema sanitario y su paulatina implantación, se considera clave para configurar un modelo asistencial sostenible a medio y largo plazo.

La necesidad de dar respuesta a un nuevo paciente más formado, usuario de las TIC, con más expectativas respecto a la respuesta del sistema sanitario y más exigente, hacen de las TIC el punto de inflexión que puede determinar la diferencia, en términos de mejora, de la productividad, optimización de los recursos y eliminación de bolsas de ineficiencia. Sin embargo, la integración de las TIC en la práctica diaria sanitaria no avanza al ritmo previsible si se compara con la evolución observada en otras áreas de actividad. La primera gran barrera es la brecha digital, es decir, personas que por circunstancias sociales, económicas o por la edad no pueden utilizar las TIC. En este sentido, no podemos diseñar procesos basados exclusivamente en tecnologías para una población que no las usa. ■



Formar a los pacientes en su autocuidado reduce los gastos sanitarios e incide positivamente en la salud de la población